

ARTÍFICES No.14

10
HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 14



ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS

10
HISTORIAS



Honor, tradición e innovación

En esta edición, la revista Artífices tiene como protagonistas a diez artesanos que se han dedicado a honrar la tradición ancestral de sus pueblos, a la vez que se la han jugado por la innovación de diseños y técnicas que continúan respetando y enriqueciendo el valor cultural de las artesanías de su región. Artesanos que aman su oficio y que, día a día, enaltecen la técnica del tejido a través de ruanas, bolsos, hamacas, canastos, floreros, contenedores y sombreros, sin duda uno de los objetos que sobresale en este número. Los materiales con los que trabajan son diversos, desde la fibra natural de la palma de iraca con la que se teje manualmente el popular sombrero Suaza del Huila y el tradicional sombrero de Sandoná, Nariño, pasando por la técnica de la cestería de rollo con fique y paja con la que se crean una infinidad de objetos en el pueblo de Guacamayas, Boyacá. También están los hilos de algodón y acrílico con los que se tejen las hermosas hamacas de San Jacinto, Bolívar; la lana con la que se da vida a ruanas de diversos diseños en Ciénaga, Boyacá, y la caña flecha, una fibra con la que se trenza el emblemático sombrero vueltaio en Tuchí y San Andrés de Sotavento, municipios de Córdoba.

Tejer es para estos diez artesanos la posibilidad de hilar historias que conectan el pasado con el futuro. La oportunidad de unir saberes ancestrales con técnicas y diseños innovadores que abran el camino para seguir cautivando a nuevas generaciones.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ

Gerente General Artesanías de Colombia

1. UNIDOS POR UN SOMBRERO

La familia de **Blanca Lucía Calderón** lleva más de doscientos años tejiendo el tradicional sombrero Suaza. Ella pertenece a la quinta generación que ha recibido un conocimiento sagrado. Todo comenzó desde muy niña, cuando tejía, junto con sus catorce hermanos (nueve mujeres y cuatro hombres) cuatro sombreros a la semana que su madre madrugaba a vender cada sábado en la plaza de mercado de Acevedo, Huila. A los cuarenta y tres años, Blanca recuerda que, movida por la curiosidad que le generaba la iraca, un día, mientras su mamá almorzaba, cogió la fibra y tejó una vuelta del sombrero. Ese día supo que quería continuar con la tradición. Por las mañanas estudiaba y en las tardes se dedicaba a tejer hasta las diez de la noche. En esa época se usaba que las familias vecinas se reunieran en una casa y ayudaran a tejer mientras tomaban chocolate con queso, tocaban la guitarra o veían las novelas que pasaban por la televisión.

Trabajaban mucho, para luego venderles a comerciantes que revendían sus productos a mejores precios. Pero hace diez años, Blanca decidió apostarle a algo nuevo. Con la ayuda de su esposo y sus tres hijos decidió eliminar los intermediarios y organizarse para vender directamente los sombreros. Desde entonces, ella y su familia se encargan de todo el proceso. Cul-

tivan la palma, que se puede cortar cada quince días, la enrollan y la limpian cocinándola en agua con un poco de limón y esperma para que quede muy suave. Luego la secan a la sombra y van despajando hebra por hebra para que la materia prima quede bien seca y se deje manipular. Así separan las hebras por colores y luego se sientan a tejer el sombrero.

El proceso es arduo, pues todo se hace a mano, hasta el terminado y la horma del objeto, por lo que pueden tardarse entre dos y tres semanas en tener un sombrero listo. Pero para Blanca lo más importante es la calidad, hacer sombreros con la fibra apretada y tupida, como le enseñó su mamá, que puedan durar hasta quince años. El año pasado montaron un punto de venta en Acevedo, donde Blanca teje hasta el final de la tarde para luego continuar en su casa, donde dice que le rinde más.

Poco a poco se están dando a conocer en la región. Además, empezaron a visitar ferias artesanales del departamento y a asistir a las populares fiestas de San Pedro, donde caballistas y ganaderos de todo el país han comprado sus creaciones. Sin embargo, su anhelo más ambicioso es abrir nuevos mercados para poder exportar el sombrero Suaza y difundir el trabajo que ha realizado durante décadas un imparable y vigoroso linaje de tejedoras del Huila.



*Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



2. EL VALOR CULTURAL DEL TEJIDO WAYÚU

Carmen María González asegura que nació con la artesanía en la sangre. Todo comenzó desde que era una niña y se paraba detrás de su abuela a observar cómo tejía con hilo mochilas y chinchorros. Viendo se fue enamorando del tejido. Cuando sintió que sus manos podían dominar la técnica, decidió esperar a que su abuela terminara de trabajar para sentarse, sentir el hilo y tejer. Con los retazos que le sobraban a su abuela comenzó a hacer pequeños chinchorros y mantas para sus muñecas de barro. En ese momento tejer era un juego, pero con el paso del tiempo entendió la importancia cultural que este oficio ancestral tiene para su pueblo. Con la llegada de su primera menstruación, hizo su primer chinchorro. Según dicta la tradición wayúu, se encerró durante un mes con su abuela, quien, en la oscuridad, terminó de instruirla en los saberes del tejido. Cuando se graduó del colegio, se casó. Pero Carmen María no estaba hecha para dedicarse únicamente a las funciones del hogar. Gracias a su determinación, le dejó claro a su marido que seguiría estudiando y capacitándose. Quería mejorar y prepararse para el futuro convirtiéndose en una artesana exitosa. Desde entonces, ha realizado un sinnúmero de capacitaciones con el Sena y Artesanías de Colombia en bordado de mantas,

tejeduría de manillas, perfeccionamiento del tejido y comercialización del producto. Hace diez años montó en su casa, en el municipio de Uribia, Guajira, el taller Jeketüu, que en wayúu significa nuevo, donde trabaja todo el día con la ayuda de otras quince artesanas. Entre todas hacen mochilas con los kanas tradicionales (como el de la culebra y el caparazón de la tortuga), chinchorros y bisutería que venden por pedidos y comercializan en las ferias artesanales más importantes del país. En un chinchorro sencillo pueden tardarse un mes y en uno de doble cara, que es más grueso pues se teje con varias franjas de hilo, hasta tres meses. Carmen María sostiene que le gusta hacer las cosas bien para que sus productos resalten por la calidad de su tejido y su estética, por eso busca la combinación más armónica de colores, para que cada pieza simbolice el orgullo de la sabiduría de su etnia. Le apasiona inspirarse en los colores de la naturaleza, las plantas cuando retoñan y el paisaje de la Guajira. A los cincuenta y cuatro años, asegura que ya está lista para dar el siguiente paso: montar una fábrica de mochilas y chinchorros que le permita innovar la técnica y sacar al mercado nuevos productos y accesorios que enaltezcan el tradicional y poderoso tejido wayúu.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

3.

EL ORGULLOSO TEJIDO DE LA HAMACA

Celmira Buevas asegura que todas sus hamacas están hechas con amor. Cada vez que comienza a tejer su cuerpo se va moviendo al ritmo del telar vertical. Lo hace con entusiasmo y alegría, como un acto sagrado, pues sabe que esa misma energía la sienten los clientes que buscan sus creaciones.

Aunque Celmira aprendió a tejer por necesidad, al poco tiempo se enamoró del oficio. Empezó a los nueve años, cuando su madre la abandonó y quedó a cargo de su abuelo. Para poder costear sus gastos y el de sus tres hermanas, acudió a una vecina, Mercedes Pimienta, famosa tejedora de San Jacinto, Bolívar, para que la iniciara en el arte del tejido. Arrancó observando el proceso y, al mes, comenzó a tejer fajas y pellones (una especie de forro que se le pone a las sillas). Luego se dedicó a la hamaca, un objeto que la apasionó desde el inicio y en el que lleva años especializándose.

Cuando empezó a tejerlas no tenía telar, pero se las ingeniaba para extender la hamaca sobre tablas y piedras, y poder hacer la urdimbre. A los quince años se casó por primera vez y decidió independizarse. Pero el matrimonio estuvo lejos de ser un cuento de color rosa, por lo que Celmira no dudó en separarse. Confiaba en su talento y sabía que con el tejido podía sacar a sus hijos adelante. En 2002 su vida dio un vuelco cuando ingresó a la Asociación de Artesanos de San Jacinto, donde comenzó a capacitarse para conocer la parte administrativa, financiera y gerencial del negocio de las artesanías. En ese momento comprendió la riqueza cultural que existía en los tejidos de su tierra y se le midió a aprender nuevas combinaciones de colores y diseños. Además de hacer la hamaca tradicional de rayas, ahora las hace labradas, bordadas y a cuadros.

Celmira trabaja con hilos de algodón e hilos de acrílico, dos materiales que le permiten producir hamacas de calidad con dos caracteres diferentes. En 2003 mandó a construir con maderas rústicas su primer telar vertical y en 2008 fundó la empresa Artesanías Karen Dayana, que lleva el nombre de su hija menor.

Durante muchos años trabajó con sus hermanas de manera muy discreta hasta que, hace dos años, pensando en dejarles una fuente de ingresos a sus hijos, decidió hacer de la empresa un negocio familiar donde trabajan sus hijos, yernos y nietos. Aunque todos conocen el oficio, Celmira supervisa cada detalle del tejido.

Únicamente trabajan por pedidos que les hacen de Bogotá, Cartagena, Villavicencio, Cali y Medellín. Cuando les toca trabajar hasta doce horas seguidas moviéndose al ritmo del telar y escuchando vallenatos, música romántica o alabanzas. A los cincuenta y cuatro años, Celmira confiesa que solo le falta un sueño por cumplir: ampliar el taller y tener un punto de venta que se convierta en una referencia nacional de las hermosas hamacas de San Jacinto.

4. DE SOMBREROS Y RELIGIÓN



Diego Arias siempre le gustó el trabajo social y, poco a poco, ha ido integrando sus pasiones. Se enamoró del sombrero aguadeño siendo un niño, cuando observaba a su mamá tejer sombreros con la palma de iraca. Luego soñó con ser médico o maestro y, finalmente, eligió estudiar psicología con énfasis social. En el año 2000 lo nombraron director de una fundación de discapacitados en Neiva, Huila, donde descubrió que lo suyo era ayudar a otras personas. Fue entonces cuando con uno de sus hermanos, formado como sacerdote, decidió hacer algo por el municipio de Aguadas, Caldas, y sus tradicionales tejedoras. Volver al origen fue un llamado del corazón.

El primer paso para unir el interés religioso de su hermano, con su interés social, fue crear la imagen de una virgen tejiendo un sombrero aguadeño. La llamaron la Virgen de la Loma y la llevaron a Aguadas por primera vez en 2005, donde cada enero se celebra la fiesta de la virgen. Además, ahora es considerada la patrona de las tejedoras, quienes se reúnen una vez al mes a rezarle el rosario.

Ese año también fundaron la Corporación de Tejedoras Virgen de la Loma, compuesta por setenta y cinco artesanas del municipio que buscan dignificar su trabajo. La corporación les entrega la fibra, para garantizar que sea palma de iraca originaria de la zona, y ellas se encargan de tejer sombreros que se comercializan en un punto de venta en el pueblo, en ferias artesanales y por internet.

También reciben capacitaciones en temas de salud, calidad de vida y mejoramiento de la técnica de tejeduría para que cada pieza cumpla con los estándares que exige un producto con denominación de origen. Para visibilizar el trabajo de cada artesana, Diego creó el programa Tejiendo historias (que puede verse en YouTube y en el canal de televisión del pueblo), en el que visita la casa de cada tejedora para verla hacer un sombrero mientras rememoran la historia de su vida.

A los cuarenta y siete años, una de las mayores preocupaciones de Diego es el complicado relevo generacional del oficio. La mayoría de las tejedoras superan los sesenta años y muy pocos jóvenes tienen deseo de aprender. Si la situación continúa así, dentro de diez años el sombrero de Aguadas puede convertirse en un producto extinto. Para evitar que esto suceda, Diego creó hace tres años un semillero de niños y jóvenes tejedores, quienes aprenden los secretos del oficio de la mano de cuatro maestras artesanas que les enseñan cada quince días.

Aunque mantenerlo ha sido un duro reto, Diego no pierde la fe en su proyecto. Está convencido de que todo es un proceso. Si ha logrado dignificar a las artesanas de Aguadas y hacer que ganen un precio justo por su trabajo, con el tiempo también conseguirá que cada vez más jóvenes se apasionen por este hermoso oficio ancestral.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.

5. CESTERÍA RENOVADA

Hace veintidós años, **Francisco Silva** decidió dedicarse a la artesanía. Conocía el trabajo de la cestería en rollo de fique desde los cuatro años, cuando empezó a ayudarlo a su madre, una artesana consagrada a la cestería, a sostener el fique. A los seis años comenzó a tejer las bases de los canastos, y a los nueve años hizo su primera pieza: un portalápiz. Su infancia la pasó en el campo, pues su papá era agricultor, y con el dinero que ganaba por las artesanías que vendía, bajaba al pueblo de Guacamayas, en Boyacá, y se daba gusto comprando algún dulce o juguete.

Francisco pensó dedicarse a trabajar el campo, pero pronto se dio cuenta de que la artesanía era lo suyo. Sin embargo, él no quería repetir fórmulas conocidas, por lo que se propuso innovar los productos y apostarles a nuevos diseños y colores que enaltecieran la tradición. La señal que estaba esperando llegó con la visita de una diseñadora colombiana al pueblo, quien estaba buscando artesanos que quisieran trabajar con ella productos tejidos con un fique más suave y delgado.

Francisco se le midió al reto y, desde ese momento, arrancó a hacer diseños distintos, a tejer animales en los objetos que hacía y a combinar colores. También ha creado objetos de fique que mezcla con materiales como el cobre y el estaño. Pero su pieza más emblemática fue un jarrón en cuello de cisne de un metro de alto que se convirtió en la imagen de su empresa, Creaciones Guacamayas, la cual funciona en su casa desde 2010. Con él trabajan 115 artesanos que tejen desde sus hogares en sus ratos libres.

Francisco les entrega la materia prima y, cuando hay encargos específicos, les da indicaciones

sobre el diseño que deben hacer. De lo contrario, permite que cada artesano desarrolle las piezas de acuerdo con su criterio estético y conocimiento del oficio. Únicamente trabajando con manos expertas ha podido garantizar la calidad de sus productos a clientes de Cartagena, Medellín y Bogotá. Aunque los pedidos varían dependiendo la época

del año, en un mes su empresa puede producir entre 250 bandejas, 80 fruteros y 30 jarrones. Sin embargo, muchos artesanos se han rehusado al cambio y no apoyan la decisión de bajarle el grosor al fique, lo que genera piezas más livianas que deben tejerse durante más horas y con mayor cuidado. Pero con su determinación ha

convencido a algunos. A los cuarenta y un años, Francisco asegura que ha sabido seguir su instinto y apostarle a lo que cree. En un futuro sueña con enseñarles a muchos artesanos las maneras de abrir nuevos mercados que permitan que las artesanías de Guacamayas se sigan expandiendo por el mundo.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

6. CERÁMICA PASIÓN

Laureano Melo sintió el barro en las manos desde que era un niño. A los cinco años, cuando su padre murió, tuvo que aprender el oficio para ayudarle a su mamá y a sus doce hermanos mayores. Laureano le daba vueltas y vueltas a un torno de manivela y llevaba a cabo las tareas que le asignaban sus hermanos: observar el proceso, mojar el barro, hacer pequeñas figuras para los pesebres, crear los famosos floreros solitarios e ir puliendo la técnica.

Cuando sus hermanos se fueron casando, él quedó al frente del taller junto con su hermana menor y su madre. A los diecinueve años se casó y decidió trasladar a su familia a Bogotá para buscar mejores rumbos. En la capital fundaron un taller donde dictaban clases de pintura y arcilla, pero luego de cinco años en los que fue imposible hacer crecer el negocio, regresaron a Ráquira para retomar su origen.

Laureano fundó el Taller LaureArte, donde su objetivo es complacer a sus clientes con piezas únicas. Le gusta exigirse e ir más allá de sus límites, por eso trabaja con moldes, con torno de levante, en el que hace distintas piezas redondas, y con sus manos. Son ellas las que lo van guiando en la creación de floreros, contenedores, iglesias, campanas, lámparas y vajillas con las que pretende honrar el linaje de artesanos al que pertenece. Desde su taller ha trabajado con varios estudiantes de diseño industrial de la Universidad del Bosque y la Universidad de la Sabana, de Bogotá, para ayudarles en sus proyectos de grado. A los cincuenta años, Laureano disfruta trabajar con jóvenes y asegura que, una de sus metas, es enseñar todo lo que sabe y poder transmitir el conocimiento ancestral que recibió de sus antepasados.

Hace poco realizó un taller demostrativo sobre el proceso de la cerámica con seiscientos niños del departamento de Boyacá, en el que asegura haber dejado a más de uno enamorado del oficio. También ofrece recorridos explicativos en el taller a varios grupos de extranjeros que semanalmen-

te llevan operadores turísticos de la zona para que conozcan el proceso de una de las actividades más tradicionales de Ráquira. Laureano dice que a todo el mundo le encanta untarse de barro, sentirlo en las manos e intentar crear figuras. Por eso está ampliando y remodelando su taller, que

espera tener listo en unos meses, para que cada vez más gente visite un espacio donde pueda conocer el barro y entusiasmarse con el oficio. Él asegura que la pasión por la cerámica es la que ha formado su camino. La misma pasión con la que sueña contagiar a miles de personas.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

7. ENAMORÁNDOSE DE LA CAÑA FLECHA

A los ocho años, **Leonardo Álvarez** empezó a trenzar ribetes para ayudar a sus padres. Aunque no le gustaba sentarse durante cuatro horas a manipular la fibra de la caña flecha, al ser el mayor de diez hermanos, tenía que dar ejemplo. Para ganarse la vida sus padres trabajaban el campo y, en sus ratos libres, trenzaban la fibra para vender, cada semana, entre cuatro y cinco trenzas a intermediarios que las compraban para mandar a hacer el tradicional sombrero vueltaio.

Pero a Leonardo le parecía una tarea ardua y difícil. Cada vez que podía se escapaba a la escuela de San Andrés de Sotavento, Córdoba, donde los profesores le prestaban libros y cuadernos para que pudiera estudiar. Sin embargo, en su casa la caña flecha lo seguía esperando. Fue su madre quien le enseñó a observar el proceso y luego a dominar el arte de tejer siete fibras, nueve y once. Cuando se sintió listo empezó a hacer trenzas con quince fibras, diecinueve, veintiuna y veinticinco. Aprendió que entre más fibras tenga la trenza, de más calidad es el sombrero.

A los diecinueve años validó el bachillerato y entró a formar parte de la Asociación de Artesanos de Córdoba y Sucre, donde el amor por el oficio surgió. Leonardo asegura que, haciendo sombreros, encontró finalmente su vocación. Cuando la asociación se disolvió, Leonardo continuó trabajando por su cuenta. Hace dieciséis años fundó el taller Artesanías Leo, el cual funciona en su casa con la ayuda

de sus tres hijas y su esposa. Desde ahí realiza pedidos para clientes de Cartagena, Medellín, Bogotá y Montería que lo buscan por la calidad de sus sombreros y la infinidad de productos que hace con caña flecha como mochilas, individuales, centros de mesa, cojines y bisutería.

Hace diez años, se unió con otros quince artesanos, que representan a quince familias del pueblo, para agremiarse y empezar a vender directamente sus productos. Arrancaron realizando una colecta en la que recaudaron \$80.000 para comprar materiales y, desde entonces, han ido creciendo. Entre todos se han dedicado a rescatar las pintas tradicionales de los diseños del sombrero, promover el tejido entre los jóvenes e innovar los colores de los productos. Con la cúrcuma, el dividivi y la bija comenzaron a experimentar hasta conseguir colores como el salmón, el café, el vinotinto, el naranja y el amarillo. Luego de veinticinco días de pruebas, también obtuvieron los codiciados colores del cobre, el dorado y la plata, lo que les ha permitido unir la elegancia y la tradición en los productos de caña flecha.

Pero Leonardo quiere ir más allá. A los cuarenta y cuatro años, sueña con consolidar una asociación de artesanos que sea reconocida dentro y fuera del país. Hace poco compraron un lote donde esperan construir la sede, el taller donde se darán capacitaciones y un punto de venta donde la caña flecha continúe seduciendo el corazón de millones de compradores.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

8. LA MAESTRÍA DEL SOMBRERO VUELTIAO

Luisa Flórez tuvo una infancia solitaria. Cuando tenía tan solo trece meses su mazadre murió y su papá la abandonó para seguir las tradiciones de la etnia zenú: caminar como un peregrino para afrontar el duelo. Creció al lado de su abuela, quien le enseñó a trenzar los ribetes con los que se va tejiendo el tradicional sombrero vueltiao y la ayudó a darse cuenta de que la tejeduría ya estaba esbozada en su camino.

Pero Luisa también soñaba con estudiar. Como su abuela no tenía suficientes recursos para pagarle el colegio, decidió tomar las riendas del asunto. Tejiendo sombreros día y noche, que luego vendía en San Andrés de Sotavento, Córdoba, consiguió el dinero que necesitaba para pagar sus estudios, su ropa y sus útiles. A los doce años, por fin comenzó la primaria.

A los dieciséis se casó, se trasladó al municipio de Tuchí, donde tuvo cuatro hijos (tres hombres y una mujer), y cuando pudo volvió a inscribirse en una escuela y validó el bachillerato. Durante doce años trabajó como madre comunitaria atendiendo a madres gestantes, lactantes y a niños menores de dos años. También se capacitó en tejeduría en una escuela artesanal que había en Tuchí y donde luego se dedicó a enseñar a coser distintos objetos que se pueden hacer con la caña flecha (la fibra del sombrero), como billeteras, bolsos, tapetes y cojines.

Sin embargo, su espíritu siempre estuvo ligado al sombrero. El tradicional es blanco y negro, un color que se consigue gracias a un barro que nace en algunos pozos de Tuchí, pero ahora también se tejen en amarillo, azul, café, naranja, verde, rojo o fucsia. Todo el proceso es manual y, cuando llega el momento de armar el sombrero, se recurre a la máquina de coser para tener mayor precisión.

Para Luisa, el sombrero vueltiao es único en el mundo. Un objeto que enaltece en sus diseños la memoria de los antepasados que registraron la flora y la fauna de la región en las tradicionales pintas que las artesanas plasman en el sombrero, como el grillo, la flor de la cocorilla (similar al maracuyá), la costilla de la vaca, el ojo del gallo, la mariposa, la mojarra y la flor del limón.

En su casa montó un taller que llamó Artesanías Luisa, donde recibe encargos de Bogotá, Cali, Medellín y Armenia. Desde 2010, cuando ganó la Medalla a la Maestría Artesanal, los pedidos han aumentado, por eso ahora trabaja con la ayuda de tres artesanas que trenzan y cosen. A los cincuenta y siete años, uno de sus planes es abrir un almacén donde pueda exhibir todos los productos que se hacen con la caña flecha. Pero para ella, lo más importante es que la tradición del sombrero, considerado un símbolo nacional, se perpetúe a través de los siglos.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



9. LOS SOMBREROS DE SANDONÁ

Margarita Álvarez aprendió a tejer a los ocho años. Creció viendo a su abuela y a su madre hacer sombreros a mano y, según cuenta, todo se fue dando de manera orgánica. El conocimiento empezó en la observación y luego llegó a las manos y el corazón. Margarita arrancó familiarizándose con la fibra de la palma de iraca, que, en Sandoná, Nariño, también se conoce como paja toquilla. Luego aprendió a tejer las distintas

partes del sombrero, como el remate, el entiese, la copa y el ala, hasta que supo cómo terminarlo. Por las mañanas estudiaba y luego regresaba a su casa para ayudar con el oficio del hogar y dedicarse a la tejeduría. Hoy tiene cuarenta y seis años, y continúa tejiendo el sombrero. La fibra la consigue procesada en Linares, un pueblo cercano, luego la tinte con hojas de nogal, que dan tonos cafés y negros; achiote, que produce un color terracota, y hojas del pichuelo y la rama de la lengua de vaca, que profundizan los tonos beige. Después seca la fibra a la sombra, pues el sol puede dañar la materia prima y arruinar el color, y finalmente comienza a tejer a mano.

También aprendió a tejer bolsos de iraca, pero al estar hechos con una fibra muy gruesa, decidió dejarlos y concentrarse en sus sombreros. A Margarita le gusta trabajar con fibras delgadas y suaves, que le permitan dar un sello indiscutible a sus piezas. Dependiendo la calidad del sombrero se van tejiendo lo que se conoce como crecidos de iraca. El corriente solo lleva dos tejidos, el fino cuatro y el superfino seis.

Margarita divide las funciones de su hogar con la tejeduría. Mientras arregla su casa y cuida a sus marranos y gallinas, busca ratos libres para sentarse a tejer durante dos o tres horas diarias. Generalmente hace dos sombreros a la semana, pero si recibe un encargo para tejer un sombrero superfino, puede tardar hasta tres semanas en terminarlo.

Sus productos los vende desde hace treinta años en la Cooperativa Femenina Artesanal de Sandoná, donde trabajan otras treinta y seis artesanas. Cada una teje en su casa y, cuando tienen listos los sombreros, los entregan a la cooperativa, encargada de comercializarlos y de asistir a ferias artesanales.

Sin embargo, Margarita sueña con abrir nuevos mercados para la cooperativa. Asegura que necesitan recibir apoyo de la gobernación de Nariño para fomentar más espacios de exhibición y poder visitar más ferias artesanales en el país. Para ella, es el único camino que existe para que el sombrero de Sandoná deje de ser un secreto y se reconozca como lo que es: un maravilloso tesoro artesanal de Colombia.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

10. PROYECTO CERÁMICA

Olimpia Socorro asegura que la historia de un artesano no siempre inicia en la niñez. Aunque creció viendo a su madre haciendo vajillas en una fábrica en Carmen de Viboral, jamás pensó en dedicarse a la artesanía. Estudió educación y realizó una especialización en artes en la Universidad de Antioquia. Sin embargo, la cerámica le gustaba. Su madre le había inculcado el amor por el oficio y su esposo, Francisco Cardona, un experto en el trabajo desde niño, se encargó de enamorarla por completo de las tradicionales vajillas de Carmen de Viboral.

Hace veinte años fundaron el taller Cerámicas Esmaltarte, donde Francisco se dedicaba a las labores de producción de vajillas, cazuelas, soperas, salseras, pocillos y materas mientras Olimpia se encargaba de las relaciones públicas y de buscar nuevos diseños para las piezas. Pero fue hasta 2017, después de dejar su trabajo como rectora de un colegio, que se entregó de lleno al taller, donde hoy también trabajan su hija mayor, encargada de esmaltar; su hija menor, quien supervisa la calidad de las piezas; su yerno, cuya labor es el vaciado, y dos pintoras que dominan los tradicionales diseños del Carmen.

En el taller dan clases cuando hay grupos que lo solicitan y, aunque es pequeño, permanece abierto al público, pues les gusta que la gente conozca de cerca el proceso para que valore

más los productos. Olimpia cuenta que se han dedicado a realizar diseños florales tradicionales y a incursionar con diseños propios que han sido muy populares en líneas llamadas pensamientos, veranos y jardines. Ya tienen nueve diseños registrados con derechos de autor que venden en el taller y por internet. Olimpia lleva la contabilidad, está pendiente de asistir a ferias y eventos, y supervisa los nuevos diseños, pues como el proceso de pintura es a mano, cada pincelada debe ser precisa y delicada.

Además de su trabajo en el taller, es la representante legal y la vocera de una asociación que, desde 2013, reúnen a los trece talleres de cerámica más relevantes del municipio. Ella se ha encargado de ser la voz ante la gobernación del departamento de decenas de artesanos que buscan políticas que incentiven la producción y preservar el legado de la cerámica de Carmen de Viboral.

Pero su gran sueño es la creación de una central de pasta de la que puedan beneficiarse los artesanos que trabajan en el oficio. La fórmula es de su esposo quien, después de hacer pruebas y ensayos durante veinte años, hace siete logró sacar una pasta muy fina, sin puntos negros y sin burbujas, que hace que las piezas salgan casi perfectas. Olimpia espera que la gobernación los apoye para que este proyecto, como todo lo que se han propuesto, también se haga realidad.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

ARTÍFICES No.14

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Fries Martínez

Jefe Oficina Asesora de Planeación e Información

María Mercedes Sánchez Gil

Subgerente de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Jimena Puyo Posada

Especialista Oficina Asesora de Planeación e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Profesional de Gestión Subgerencia de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Nydia Castellanos Gasca

Comité editorial

Nydia Castellanos Gasca

Ángela María Martínez Bernal

Rosnery Pineda Cubides

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía

Iván Ortiz

Preprensa

LDG Studio Design

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Carrea 2 No. 18 A -58

www.artesantiasdecolombia.com.co

Printed in Colombia

Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia

Artífices 13 /

Artesanías de Colombia. - Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . -

No. 1 (2014)-No. 11 (2018).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5-dc23

JMCH/CENDAR

